

LA PROTOHISTORIA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA EN LA OBRA DEL PROFESOR MALUQUER DE MOTES

Ana M.^a Muñoz Amilibia
Catedrática de Arqueología
Universidad de Murcia

Dentro de la amplia labor investigadora llevada a cabo por el Dr. Maluquer, destacan sin duda sus aportaciones al conocimiento de la Protohistoria Peninsular en la que sin duda marcó cauces y líneas de investigación, en muchos casos todavía vigentes, que le ocuparon hasta los últimos días de su vida cuando había reanudado las excavaciones en Cortes de Navarra.

Me ha parecido interesante, ahora que los estudios de Protohistoria están en pleno apogeo y enriqueciéndose constantemente con nuevas aportaciones, hacer una breve reseña de sus principales trabajos en este campo durante más de cuarenta años. Creo que pueden servir de información para los que no hayan tenido ocasión de leerlos detenidamente e incitarlos a su lectura, y al mismo tiempo como expresión de los avances de nuestra arqueología, que no sólo responden a una metodología determinada, sino también a un trabajo duro y constante, largo y difícil, cargado de ilusión, en el que sin duda tiene un papel importante la personalidad del que lo lleva a cabo, en este caso el Dr. Maluquer.

Estos trabajos abarcan prácticamente todos los temas de nuestra Protohistoria: la cultura de los campos de urnas en Cataluña y el valle del Ebro, la edad del Bronce-Hierro en la Meseta, Tartessos, las colonizaciones, la protohistoria extremeña y el mundo ibérico. Este amplio abanico en que se desplegaron sus investigaciones, le capacitó como a nadie para la elaboración de sus síntesis, llenas de ideas innovadoras e hipótesis, no siempre aceptadas por todos, pero que sirvieron incluso a éstos de acicate en sus trabajos. En mi exposición intentaré seguir un orden cronológico, el de la

aparición de sus publicaciones, sin excesiva rigidez, a fin de que podamos ver la evolución de su pensamiento y su renovación constante a tenor de nuevos conocimientos. Trataré de momento los referidos al Bronce final y la edad del Hierro en el NE y la Meseta, dejando para otra entrega los que conciernen a colonizaciones, Tartessos y mundo ibérico.

En 1946 se publicó una síntesis, la segunda parte, de su tesis doctoral defendida un año antes en la Universidad de Madrid con el título "Las invasiones europeas en el nordeste de España durante la Edad del Bronce y la primera Edad del Hierro". Como él mismo indica en su trabajo (1946, pág. 116, nota 1), su interés por la edad del Hierro había tenido origen en un curso, impartido por su maestro el Prof. Bosch Gimpera en 1935-36 en la Universidad de Barcelona, dedicado especialmente a la revisión de la cronología del Bronce y Hierro peninsulares. Se trataba de la primera sistematización de la llamada entonces cultura hallstática de Cataluña, en base a materiales de necrópolis, poblados, cuevas y hallazgos sueltos conocidos. El detenido estudio tipológico de la cerámica y los bronceos le permitió establecer una secuencia cronológica en relación con los períodos hallstáticos europeos, ampliamente clasificados y debatidos en aquella época. La primera originalidad del trabajo consistió en la distinción de tres grupos, en base a particularismos debidos a diversas tradiciones regionales y distintos planteamientos de explotación económica. El grupo A) del noroeste de Cataluña, estaba documentado por hallazgos en cuevas, era el peor conocido, pero con elementos hallstáticos, sobre todo cerámica, que permitían relacio-

narlo en parte con la fase Agullana II. El grupo B) o de Tarrasa, documentado por campos de urnas, sería el más antiguo, fechable en los siglos VIII-VII, dentro de los tipos cerámicos europeos del Hallstatt B-C, pero que se desarrollaría sobre todo durante el Hallstatt C europeo. El grupo C) o de Agullana, el mejor documentado por la excavación de la necrópolis de Can Bech, en la que intervino junto a P. de Palol (PALOL, 1958), quedó dividido en tres fases, la primera de las cuales, Agullana I, enlazaría con el momento final del grupo B, con el que compartía algunos elementos cerámicos con formas bicónicas, decoraciones acanaladas, pero también incisas y ajuares de bronce, con ausencia de piezas de hierro. Agullana I arrancaría de los modelos centroeuropeos del Hallstatt C, desarrollándose ya dentro del Hallstatt D, en el tránsito del siglo VIII al VII. Agullana II ya posee metalurgia del hierro, cambian sus formas cerámicas, ovoides lisas, o con decoración en relieve, fechándose por los bronceos desde mediados del siglo VII en adelante, alcanzando su máxima expansión en el siglo VI, con una duración de unos ciento cincuenta años. Agullana III representa una evolución con claros paralelos en el sur de Francia. Su momento inicial, desde comienzos del siglo V, estaría representado por la tumba 184 de Agullana y el posterior por la necrópolis de Perelada, con cerámica a torno, fíbulas y broches de cinturón que contribuyen a establecer su cronología a mediados del IV.

Posteriormente, con motivo del *II Symposium de Prehistoria Peninsular*, celebrado en Barcelona en 1962 y dedicado a "Problemas de la Prehistoria y de la Arqueología Catalanas", el propio Dr. Maluquer se hacía una auto-crítica, que en todo caso sirve para destacar su pensamiento siempre abierto a las innovaciones: "Hace muchos años, en un trabajo de síntesis intentamos presentar el cuadro del desarrollo de nuestra etapa en Cataluña. Tal atrevimiento fue posible precisamente por la escasez de datos que entonces se podían manejar. Hoy, aunque pueda parecer paradójico, no nos atrevemos a presentar nada parecido" (MALUQUER, 1963, pág. 66). Sólo tendríamos que lamentar que no tuviera tal atrevimiento o no lo llegara a salvar posteriormente, pues como escribe un discípulo suyo refiriéndose a este tema (JUNYENT, 1978, pág. 128): "A pesar de que en las últimas décadas ha aumentado considerablemente el número de yacimientos conocidos, e incluso se ha excavado alguno importante, el hecho es que con muchas dificultades se han superado los viejos trabajos de P. Bosch Gimpera hechos entre el 1915 y el 1945 o la síntesis de J. Maluquer de 1944. Es claro que han sido aceptados importantes retoques en los esquemas cronológicos y que se ha renunciado a determinadas hipótesis, pero faltan visiones de conjunto y monografías analíticas a la altura de las exigencias de una información que se revela extraordinariamente compleja".

Posteriormente, la tesis doctoral de Gonzalo Ruiz Zapa-

tero (1985) ha venido a llenar este vacío con una actualización de los datos, revisión de los materiales y ensayo de periodización y cronología, en un esfuerzo realmente meritorio y valioso. Sin embargo, a mi juicio, hay todavía muchos problemas no resueltos. Quizás la cuestión más discutible es una cierta rigidez en la periodización, e incluso el incluir como "campos de urnas antiguos" los que hoy conocemos como Bronce Final II-III, entre el 1100 y 900, aunque falte el ritual de incineración, los verdaderos campos de urnas, y ello a pesar de que su estudio considera muy acertadamente las distintas áreas culturales que agrupa bajo el amplio epígrafe de Nordeste.

Pero independientemente de la valoración del trabajo del Dr. Maluquer, que ha servido de base a los estudios posteriores sobre el tema, quiero destacar la importancia de sus puntualizaciones en la introducción, por lo que tenía de objetividad y al mismo tiempo de novedad en los planteamientos de la época, incluso por parte de su maestro (MALUQUER, 1946, pág. 115): "La primera Edad del Hierro en Cataluña es conocida globalmente con el nombre de invasión Hallstática o con la denominación etnográfica de invasión céltica. Nosotros nos abstendremos, en lo posible, de utilizar ambos términos: el de invasión, porque el movimiento nos parece extraordinariamente complejo e imposible de abarcar con término tan preciso. Ciertamente, de los hallazgos puede justamente deducirse la penetración de núcleos étnicos distintos a los anteriores, pero su cuantía y el papel que en el desarrollo del Hallstatt catalán puede haber jugado el elemento indígena del país, no puede aún precisarse. Deliberadamente renunciaremos en este trabajo todo intento de clasificación etnográfica que, a nuestro modo de ver, siempre ha complicado el problema, y cuya resolución nos parece prematura tomando por base un área relativamente reducida como Cataluña, sin el estudio previo completo del mediodía y sudeste de Francia, que en la actualidad es imposible emprender".

Todavía no se había definido arqueológicamente ese sustrato indígena del Bronce final, que hoy conocemos mejor, entre otros, gracias al trabajo de una discípula suya, Enriqueta Pons, precisamente para la comarca del Ampurdán, donde el Dr. Maluquer destacaba la falta de hallazgos a pesar de ser una buena zona de explotación agrícola, y que en aquella época se justificaba por el carácter pantanoso del territorio (MALUQUER, 1946, pág. 183). Las investigaciones de Pons y Tarrús en la provincia de Gerona, han permitido definir la realidad de la facies del Bronce Final como un estadio de desarrollo bien diferenciado de las edades del Bronce y del Hierro, concretamente el período Bronce Final II-III del vecino sur de Francia, fechado entre el 1200 y el 850 a. de C. Maluquer comenzaba a partir de la presencia de los campos de urnas con el rito de incineración en una fecha que entonces situaba hacia el 750 a. de C., no definiendo el Bronce Final.

Enriqueta Pons (1984) establece tres fases desde el final de la edad del Bronce a la primera edad del Hierro. La primera etapa correspondería a un momento avanzado del Bronce Final (Bronce Final II-IIIa mencionado) documentado en la zona costera del Ampurdán, con una actividad marítima de intercambio entre la zona del Montgrí y el valle del Ródano, lo que supondría los primeros contactos con los pueblos de los campos de urnas. La segunda etapa, Bronce Final III, evidencia la evolución in situ de los campos de urnas y con ello una transformación local con importaciones o influencias de origen itálico, introduciéndose el rito funerario de incineración, con cerámicas acanaladas e incisas, y piezas de bronce, entre ellas las de procedencia suiza, en un horizonte paralelizable con Mailhac I. A esta fase corresponderían parte de los materiales de Agullana y otras necrópolis; las corrientes de influencia serían al mismo tiempo mediterráneas y transpirenaicas. Una datación de C 14 procedente del poblado de Pontons, nos da una cronología muy alta, hacia el 930 a. de C., casi doscientos años más alta que la propuesta unos veinte años antes por Maluquer. La tercera etapa sería mucho más corta y supone una transformación total ya en la edad del Hierro; las sepulturas de incineración presentan estructuras tumulares y en los poblados aparecen construcciones defensivas. A través de influencias mediterráneas llegan las primeras cerámicas a torno, el urbanismo y la metalurgia del hierro, pero el origen del conocimiento del hierro se debería a las influencias transpirenaicas, en el último cuarto del siglo VII, y sería anterior a las primeras importaciones coloniales.

Las precisiones cronológicas no resultan muy ajustadas. Las dataciones absolutas dan una cronología de 1450 para la primera fase de La Fonollera; para la segunda la ya citada de Pontons nos situaría su comienzo en la segunda mitad del siglo X y para la tercera hacia el 850 a. de C. Pero en términos relativos las precisiones son más difíciles sobre todo para la gran amplitud cronológica dada a la segunda, que abarcaría Agullana I y II de Maluquer. En cuanto a la tercera fase se establece a partir de la fecha fundacional de Massalia el 600 a. de C. Podríamos resumir en la valoración de este trabajo en lo que se refiere a aportaciones nuevas, la importancia de la documentación de la primera fase de transición del Bronce al Hierro (Bronce Final II-III) antes totalmente desconocida en la comarca del Ampurdán, y también el hecho de las relaciones de intercambio por vía costera en épocas tan antiguas, que continuarán en las fases siguientes. Queda todavía sin precisar suficientemente la fase del Bronce Final III, que corresponde a la evolución in situ de los campos de urnas, precisamente en la que se centra el estudio del Dr. Maluquer. Es evidente la importancia de la población local anterior, pero resulta difícil equilibrar el papel de las distintas corrientes, mediterráneas o continentales en la transformación local. Maluquer había propuesto una primera penetración de los campos de urnas

más antiguos por los pasos orientales del Pirineo, reflejada en hallazgos de llanuras interiores y costeras –excepto el Ampurdán– de fácil cultivo agrícola, hacia el siglo VIII. Medio siglo más tarde llegarían las influencias del suroeste de Suiza y noroeste de Italia, también a través de los pasos pirenaicos hasta el valle del Ebro, alcanzando su pleno apogeo en los siglos VI-V. La vía marítima evidentemente no se valoraba como posible camino de llegada de influencias hasta la instalación focense en Massalia y Emporion.

Pero dentro de las tres grandes áreas o grupos establecidos por Maluquer, estaba el peor documentado, el del Noroeste, que en estos últimos años se ha visto enriquecido por el estudio de poblados y necrópolis. Nos vamos a referir precisamente al de la Pedrera de Vallfogona de Balaguer, estudiado por Maluquer desde 1958 (MALUQUER, et alii, 1960). Gracias a la secuencia estratigráfica, con una potencia superior a los cuatro metros, que pudo estudiar en la pequeña cata realizada en el poblado, consiguió trazar una cronología relativa para la cerámica desde el Bronce Final a la edad del Hierro, a lo largo de nueve estratos. En los más profundos (IX-VI) la cerámica era exclusivamente fabricada a mano y muy abundante, con formas y decoraciones típicas en las cerámicas hallstáticas de Cataluña, aunque con ausencia de algunos tipos establecidos anteriormente por Maluquer. En el V aparecieron dos únicos fragmentos de cerámica a torno, siendo esta ya más abundante en el IV, para terminar siendo la dominante en los estratos III-I. La cerámica a mano con decoración en relieve o plástica aparece en todos los estratos. La acanalada, muy abundante, en los estratos IX al IV, mientras que la decorada con incisiones profundas sólo aparece en los VIII, VI y V. El tipo decorado con leves impresiones digitales sólo salió en los estratos IX y VIII.

La ausencia de decoraciones incisas características de Agullana II y "desarrollada posiblemente por influencia itálica en una etapa de contactos precoloniales efectuados por vía marítima" (MALUQUER, et alii, 1960, pág. 60), permite deducir que el asentamiento de La Pedrera se produjo en un momento anterior a la fase Agullana II, antes de mediados del siglo VII. El comienzo de las importaciones de cerámica a torno está documentada a partir del estrato V y los materiales del III, señalan la relación con el poblado de Sidamunt y el núcleo ampuritano.

Las piezas de bronce, que hubieran contribuido a precisar la cronología, son muy escasas. La aparición de dos fragmentos de molde de fundición en el estrato VII, uno de ellos para fundir pequeñas hachas de cubo con una anilla lateral, permite apuntar una cronología de mediados del siglo VIII para este estrato. En este sentido es interesante destacar la aceptación por Maluquer de la fecha del 750 dada por Almagro al depósito de la ría de Huelva contrariamente a la opinión de Hencken: "...creemos que la fecha del 750 aún deberá subirse cerca de un siglo, puesto que cada

día se aprecia mejor la gran antigüedad del fenómeno que conocemos con el nombre de invasión de los Campos de urnas" (MALUQUER, et alii, 1960, pág. 69, nota 75). Esta fecha del estrato VII en el siglo VIII la confirmarían los fragmentos de aguja con cabeza arrollada. El botón semiesférico del estrato VI, por paralelos en el yacimiento de Cortes de Navarra y Sanchorreja da una cronología más amplia entre los siglos VII y V. En el estrato V apareció un fragmento de navaja de afeitar de prototipo itálico, un regatón y un disco de bronce cuya relación con hallazgos del poblado PIIIb de Cortes permitiría apuntar una datación hacia el 550 a. de C.

La datación de las primeras fases del poblado, estratos IX-VIII, con 1,20 metros de potencia, en base a la fecha admitida para el VII, le hace remontar por lo menos a comienzos del siglo VIII el inicio del poblado: "Naturalmente, esta suposición no deja de ser hipotética, pero en realidad supone una mayor antigüedad de la que habíamos aceptado hace algunos años para el comienzo de los campos de urnas catalanes y que hoy en día, con el mejor conocimiento de los materiales franceses, parece que debe revisarse." (MALUQUER, et alii 1960, pág. 73). En cuanto a las últimas fases del poblado, a partir del estrato IV empieza a utilizarse la cerámica a torno de forma abundante, pero la falta de piezas de importación que den datos cronológicos no permite precisar el momento en que se generaliza su uso. En el estrato III, la presencia del pie de una copa ática señalaría una datación en el siglo IV. En el I, la cerámica de barniz negro del taller de Rhode con tres palmetas radiales, llevaría el final del poblado al siglo III, concretamente hacia 300-225 a. de C. (SANMARTI, 1978, Vol. II, pág. 584).

Otro aspecto importante de esta zona, es el de la coexistencia de dos tipos de necrópolis, las tumulares y los verdaderos campos de urnas, que para el Dr. Maluquer responderían a dos tradiciones distintas, una de poblaciones fundamentalmente agricultoras (campos de urnas) y otra predominante pastoril, la de los túmulos (MALUQUER, 1965). Ruiz Zapatero no comparte esta última opinión (1985, Vol. I, págs. 360 y ss) al afirmar que los dos tipos de enterramiento se dan en las mismas zonas, con idénticos ajuares que revelan la misma cultura material, aunque en realidad sólo dos necrópolis, las de La Femosa y La Pedrera, podrían asimilarse a campos de urnas y en ninguna de las dos se ha podido estudiar la disposición de los enterramientos. La estructura tumular derivaría de las antiguas tradiciones megalíticas de la zona pirenaica, pero en todo caso "habría que considerarlas como una creación original de ciertos grupos de campos de urnas que entran en la Península por el valle del Segre e independientemente de estructuras funerarias similares que se encuentran en otros ámbitos del SO europeo", hipótesis ya formulada por Maluquer en 1971, como veremos más adelante.

No creo necesario insistir demasiado en la importancia de los trabajos del Dr. Maluquer en el Cerro de la Cruz de Cortes de Navarra. En el enorme tell de 7500 m² se superponen una serie de poblados cuya vida transcurrió durante más de medio milenio, desde el Bronce Final y durante la I edad del Hierro. Descubierta en 1946, fue excavado primero por Blas Taracena, desde 1947 a 1950 y más tarde, en 1951 y 1952, por Octavio Gil Farrés. Desde 1953 el Dr. Maluquer, entonces Catedrático de Arqueología de la Universidad de Salamanca, se hizo cargo de la excavación, acometiendo la empresa con un rigor y amplitud hasta entonces desconocidos en España para un yacimiento de esta época. En 1954 apareció la primera parte del *Estudio crítico* que dedicó al yacimiento. La tarea no era fácil pues se trataba de interpretar los resultados de seis años de excavaciones realizadas en el yacimiento por otras personas antes de su intervención, y tratar de relacionarlas con la excavación que practicó en 1953 en los estratos más altos, a modo de comprobación y para familiarizarse con el yacimiento (MALUQUER, 1954). La agrupación de los estratos en tres fases de ocupación sigue todavía vigente y la cronología que apuntó ha ido siendo rectificada por el propio autor sin grandes modificaciones. La primera fase, el Poblado III, quedaba todavía sin determinar, la media o Poblado II empezaría hacia el 800 a. de C. y quedaba dividida en dos subfases, la a y la b, que terminaría destruida por un incendio hacia el 550. Le sucede inmediatamente la reconstrucción del Poblado superior, I, entre el 550 y el 350 a. de C., también subdividida en a y b, que terminaría por abandono.

El interés que despertó el estudio con motivo del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas celebrado en Madrid en 1954, fue muy destacado a nivel internacional, aunque ya se había dado noticia anteriormente, sobre todo desde el punto de vista urbanístico (MALUQUER, 1953, 1954a, 1954b). Interés que se mantuvo en las discusiones del V Congreso, celebrado en Hamburgo cuatro años después (MALUQUER, 1961). Por su gran novedad en España, el tema de la casa y urbanismo en general lo trató particularmente (MALUQUER, 1955, 1965), así como otros aspectos referidos al poblado a sus materiales (MALUQUER, 1955a, 1956, 1963a) o a su necrópolis (MALUQUER Y VAZQUEZ DE PARGA, 1957).

En la segunda parte del *Estudio crítico* (MALUQUER, 1958) se recoge el resultado de los trabajos efectuados entre 1955 y 1957: estudio de los cortes estratigráficos dejados al descubierto en las excavaciones anteriores mediante reavivado y dibujo cuidadoso de las secciones, excavación de una trinchera hasta el suelo virgen con el descubrimiento de una muralla de adobe correspondiente al Poblado IIB y diversos sondeos encaminados a estudiar los niveles más antiguos, Poblado III, patentes en los cortes estratigráficos. Con estos trabajos se pudo determinar la

realidad del asentamiento más antiguo sobre la gravas de base, que presentaba dos subfases sucesivas, mostrando la primera, PIIIa, destrucción por incendio. Asimismo se rectificó la atribución a PIIa de algunos materiales de las excavaciones antiguas, que en realidad corresponderían a la fase III, concretamente cerámicas con decoración incisa y acanalada. Ello obligó también a algunas rectificaciones cronológicas para las primeras fases del poblado. La IIIa y b se desarrollarían entre el 850 y el 700 a. de C. y la II entre el 700 y el 550, manteniéndose esta última fecha para el incendio del Poblado IIB. El final de la vida del poblado sería a mediados del siglo IV con la aparición de cerámica a torno, muy escasa, que sólo llegó a conocerse aunque no a usarse de forma generalizada. En este trabajo se reafirmó que la etapa de máximo desarrollo correspondía a la fase PIIb (650-550) ya con metalurgia de hierro.

En 1983, el Dr. Maluquer reemprendió las excavaciones en Cortes, que le ocuparon hasta su fallecimiento en septiembre de 1988. El interés del yacimiento, —"uno de los más importantes de Europa y de los pocos siempre mencionados en toda síntesis de Prehistoria europea"—, y, en estos últimos años, la multiplicación de estudios en otros de menor categoría en el valle del Ebro, así como la problemática del desarrollo de los campos de urnas, y del paso de la metalurgia del bronce a la del hierro, ponían de manifiesto la necesidad de continuar los trabajos en un lugar que se podía considerar excepcional. Los objetivos nos los expone el propio Dr. Maluquer en la Memoria de la campaña de 1983 (MALUQUER, 1985): "Obtener los máximos datos para el conocimiento de los poblados inferiores, Poblados III, de los que se admitían (por los cortes estratigráficos) dos o posiblemente tres fases". En las excavaciones antiguas estos poblados sólo se habían alcanzado en las primeras campañas de Blas Taracena, todas anteriores a 1950. La valoración del yacimiento exigió una excavación en amplitud en los poblados superiores por Octavio Gil Farrés en 1951 y 1952. Maluquer en sus trabajos amplió el conocimiento de los poblados superiores, Cortes I y II, con sus respectivas fases. El poblado de Cortes IIB representaba la generalización de la metalurgia del hierro como culminación de la fase anterior IIa, en la que esa nueva actividad se iniciaría. Con anterioridad se desarrollaban por lo menos dos poblados y posiblemente tres (Cortes III), que debían atribuirse a un momento avanzado de la edad del Bronce.

En esta campaña se excavaron cuatro casas. En la primera de ellas, casa 83/1, correspondiente a la fase IIa, se documentó bajo el piso, que había desaparecido en gran parte, un hogar circular y un nivel con abundantes restos de fauna, correspondientes a Cortes III. En la casa 83/2, se conservaba bien el piso correspondiente a la fase IIa, por lo que no se descendió más. En la casa 83/3 el piso correspondía a un momento de transición entre Cortes II y III, habiendo sido destruida por un incendio, proporcionando tres

moldes de fundición y fragmentos de otros, además de vasijas cerámicas con decoración de acanalados incisiones y punteados. La 83/4 sólo se comenzó a excavar y estaba incompleta.

Aunque los resultados son todavía provisionales y se fueron completando en las sucesivas campañas, de las que no tenemos de momento noticia, hay una serie de comentarios que creo interesante reflejar (MALUQUER, 1985, pág. 57 y ss.). Algunas formas cerámicas procedentes de esta excavación, arrancan de una clara tradición de campos de urnas propia del valle del Ebro. En un momento dado se abandona esta tradición y empieza una producción más estandarizada, hecho que coincide con la aparición de cerámica pintada en la fase Cortes IIa. Todos los moldes de fundición corresponden a un horizonte anterior a Cortes IIB. En la casa 83/3 son contemporáneos a las cerámicas acanaladas, con incisiones y punteados. El paso de la edad del Bronce al Hierro se documenta principalmente con la evolución de la cerámica en formas y decoración. La antigua se mantiene en una tradición de campos de urnas aunque muy evolucionada. La evolución posterior hacia la aparición de altos cuellos cilíndricos, indica que la población de Cortes no se mantenía aislada de las "modas" de los ceramistas indoeuropeos. La actividad metalúrgica es importante a juzgar por los moldes, en Cortes IIB, hacia el final de la edad del Bronce, lo que puede explicar la rápida ascensión de la metalurgia del hierro, que alcanza un notable nivel en Cortes IIB.

Es interesante señalar también el comentario a los hallazgos de inhumaciones infantiles en el interior de las viviendas en esta campaña de 1983, así como la referencia al rito funerario de incineración propio de la comunidad de Cortes (necrópolis de la Atalaya) lo mismo que las comunidades ibéricas: "Por consiguiente, no puede admitirse que dicha costumbre sea consecuencia de contactos con civilizaciones mediterráneas, sino resultado de una tradición ancestral".

Para terminar con esta visión de la aportación del Dr. Maluquer al conocimiento de esta parte de nuestra protohistoria, tenemos que referirnos a un artículo que escribió como homenaje a su entrañable amigo Christopher Hawkes (MALUQUER, 1971), ya que en él resume sus ideas sobre el desarrollo del Bronce Final y la I edad del Hierro en el valle del Ebro, tema sobre el que indica está trabajando y del que anticipa una serie de ideas provisionales. Tras hacer un breve resumen de los estudios anteriores y de la nueva documentación, señala la importancia de las necrópolis indígenas de Ampurias para relacionar la cultura de los campos de urnas en Cataluña con el mundo mediterráneo y de esta manera obtener una cronología absoluta, ya que antes sólo lo era relativa, en función del estudio de secuencias tipológicas. Rechaza el viejo término de "cultura Halls-tatt", señalando que el proceso de "europeización" se pro-

duce en el contexto del Bronce Final, mediante complejos movimientos que se dirigen, no sólo hacia el sur, a través de los Pirineos, sino en ambas direcciones, con persistentes contactos entre distintos grupos. Insiste en que, junto a los evidentes movimientos de pueblos, hay que considerar la importancia de las corrientes culturales debidas al comercio, que desde el siglo VIII intensifica las conexiones entre pueblos de ambos lados del Pirineo. En esta época no sólo hay que tener en cuenta el papel del Suroeste de Europa, sino también el de las costas mediterráneas de la Península, en las que la presencia griega, etrusca y púnica, entre los siglos VIII y VII ayuda a la interpretación de un variado material arqueológico.

El período entre la edad del Bronce Final y la I edad del Hierro no presenta una ruptura que permita una clara división entre ellas: El uso esporádico de objetos de hierro manufacturados es anterior e independiente de una verdadera economía metalúrgica del hierro, lo mismo que el uso de la cerámica a torno, debida a contactos mediterráneos, es anterior a la industrialización de la producción cerámica que caracteriza al mundo ibérico y entra ya en la II edad del Hierro. No es fácil fijar los límites de estos períodos, que además no son uniformes en todas las regiones de la Península. La explotación del hierro y la industrialización de la cerámica, se produce en el sur antes del siglo VIII, en Levante y Cataluña en el VII, mientras que en las regiones interiores del valle del Ebro no empiezan hasta bien avanzado el siglo VI.

En cuanto al comienzo de este período de transición, tampoco es fácil precisarlo, aunque lógicamente es anterior en la zona pirenaica que en la Meseta central. Si se acepta que comienza con la primera llegada de grupos del norte de los Pirineos, podría remontarse al siglo XI o incluso a mediados del XII. Las dos rutas de acceso principal desde los Pirineos serían, el valle del Segre en la parte oriental y Roncesvalles en la occidental, coincidiendo ambas en el valle del Ebro. Estas rutas ya habían sido recorridas en un primer momento, a finales del Bronce Medio, hacia el 1200 a. de C., por bandas de metalúrgicos que explotaban las venas de cobre, entre los que se han podido reconocer braquicéfalos de tipo alpino (minas de Riner y Urbiola).

Una segunda fase se reconoce por la presencia de dos grupos de cerámica característicos. Uno de pequeñas tazas y bowls de cerámica lisa, con frecuencia carenados, con superficies bruñidas o bien espatuladas, asas con apéndices y excepcionalmente, alguna decoración incisa e incluso excisa. El otro, de grandes jarras de almacenamiento de cerámica tosca con fondos planos y decoración de cordones en relieve. Su conexión con cerámicas típicas de los campos de urnas nos muestra en estos comienzos grupos muy mezclados con elementos procedentes del sur de Francia con otros de origen centroeuropeo. Esta primera llegada de gentes de campos de urnas a Cataluña sería muy antigua y

marca el comienzo del Bronce Final. Basándose en la estratigrafía de La Pedrera, estima la aparición de estas gentes en el valle del Segre hacia el año 1000 a. de C.

La escasez de piezas de bronce en Cataluña desde el comienzo y a lo largo del desarrollo de la cultura de los campos de urnas, la atribuye a la presencia de comerciantes griegos y etruscos en sus costas, que, al mismo tiempo que introducían la metalurgia del hierro, recuperaban toda clase de piezas e instrumentos de bronce, amortizados o en uso, para la reutilización del metal. Teoría que había desarrollado ampliamente en otras ocasiones (MALUQUER, 1966).

Otro punto en el que insiste es en la persistencia de la tradición megalítica en el norte de Cataluña durante el Bronce Medio, lo que explicaría la fuerte tradición de las construcciones tumulares, que reaparecen en las necrópolis de incineración al mismo tiempo que los campos de urnas y que no tenían ninguna relación con la cultura de los Túmulos del oeste de Europa.

Destaca el gran número de hallazgos como reflejo de un aumento demográfico y al mismo tiempo un cierto grado de uniformidad en su cultura material, en la práctica funeraria de incineración, e incluso en los tipos de asentamiento y en las casas, lo que indicaría contactos continuados entre los distintos grupos. Algunos elementos como la cerámica excisa, muy esporádica en Cataluña y abundante en cambio en el Bajo Aragón y en el alto y medio valle del Ebro, indicarían tradiciones distintas llegadas quizás a través de los pasos más occidentales.

La región del Ebro Medio sería el punto de encuentro de influencias a finales de la edad del Bronce. Estas gentes desconocieron el trabajo del hierro durante largo tiempo, hasta que, desde el siglo VIII, empezaron a adquirir pequeños objetos manufacturados a los comerciantes griegos que remontarían el Ebro: "La introducción del hierro es por tanto claro resultado de la actividad colonizadora".

El comercio mediterráneo influiría también muy tempranamente en el desarrollo de la cerámica indígena, concretamente en la decoración incisa con temas estilizados, antropomorfos, zoomorfos y generalmente geométricos, que eran corrientes entre la población itálica, particularmente en el área de Cumas a la llegada de los griegos en el siglo VIII. Esta fecha corresponde exactamente con la que la tradición literaria griega atribuye a la fundación de Rhode, anterior a la primera Olimpiada, antes del 776 a. de C. Este tipo de cerámica aparece en los yacimientos costeros catalanes, tanto al sur como al norte de los Pirineos, en las regiones de los primeros contactos con los comerciantes griegos y es una de las más características producciones del denominado grupo Agullana por Maluquer. Efectivamente, en Agullana II (825-675), aparece este tipo de decoración, concretamente la antropomorfa en las urnas de las tumbas 180 y 152, la zoomorfa en la 150 y la geométrica, mucho más generalizada, aparece incluso en la tumba 207 asociada

da a dos fíbulas de doble resorte, que Ruiz Zapatero (1985, pág. 93) atribuye "al horizonte protocolonial sobre fines del siglo VIII e inicios del VII a. de C.". A pesar de la valoración por Maluquer de la antigua colonia griega de Rhode, la no confirmación arqueológica de su existencia en tiempos tan antiguos, ha hecho que no se considere la realidad de una colonización griega hasta la llegada focense, pero parece evidente que sería la explicación más lógica a hechos como la aparición de este tipo de cerámica, u otros elementos como las fíbulas, que indican contactos con el sur de Italia y Sicilia.

A mediados del siglo VII, la fundación de Ibiza introduce un nuevo estímulo sobre las poblaciones de los campos de urnas de la desembocadura del Ebro, en cuyas necrópolis (Can Canys, Mas de Mussols) aparecen importaciones fenicias y griegas (VILASECA, et alii, 1963. MALUQUER, 1969, 1987).

Durante los siglos VIII y VII el uso del hierro comienza a generalizarse y difundirse en los poblados indígenas de Cataluña. En el valle del Ebro, aparece en los poblados IIa y IIb de Cortes, y en este último el hallazgo de grandes bloques de mineral de hierro, prueban la existencia de una metalurgia local. Si se quiere establecer una división entre el Bronce Final y la primera media edad del Hierro, habría que situarla a comienzos del siglo VIII, cuando las poblaciones indígenas empiezan a trabajar el nuevo metal. Yacimientos como Cortes, sin embargo, muestran que hay una verdadera continuidad que no parece justificar semejante división. En todo caso, la actividad metalúrgica del hierro, documentada en el poblado IIb de Cortes, sólo se iniciaría desde mediados del siglo VII.

En el siglo VI los asentamientos costeros muestran destacadas influencias mediterráneas, iniciándose el proceso de la Cultura Ibérica en Cataluña sin ninguna ruptura o alteración en la población. Las mismas gentes que en los siglos VIII y VII desarrollaron una cultura del tipo de campos de urnas, en el siglo VI adquieren nuevas costumbres y técnicas, y a ellas denominaron Iberos los geógrafos e historiadores antiguos. Esta transformación se debió de producir gradualmente, como resultado de estrechas relaciones con comerciantes griegos, etruscos y cartagineses. La presencia de factorías comerciales (Rhode y Emporion) junto a otras probables aunque no localizadas (Cypsela, Sauris, Lebedontia, Hystra y Sarna), ejercieron una excepcional influencia cultural entre las poblaciones locales: las casas adoptan formas más complejas, cambiando de planta como consecuencia de las necesidades de una nueva sociedad y de un aumento de la producción y el poder adquisitivo. En los poblados se desarrolla ampliamente el sistema de almacenamiento en silos y comienza la producción industrializada de algunos productos como la cerámica, que se fabrica a torno e imita formas y decoraciones de las cerámicas griegas y púnicas.

Este sería el final de un largo proceso iniciado a finales del segundo milenio, con influencias transpirenaicas y continuadas aproximadamente desde el año 1000 con el influjo de grupos diversos, entre ellos los propios de los campos de urnas, que representan el arranque del Bronce Final. Durante los dos siglos siguientes se produce la paulatina ocupación del territorio hasta el Ebro con la absorción de las poblaciones indígenas y el contacto con grupos más occidentales, lo que explica en muchos casos la falta de uniformidad, la complejidad de las interconexiones y la dificultad de establecer periodizaciones. Desde finales del siglo VIII la creciente influencia del comercio mediterráneo produciría cambios cada vez más acelerados desde el siglo VI, y que más tarde llegarían a afectar al Ebro medio y a las regiones orientales de la Meseta, donde se desarrollaría la cultura celtibérica.

Aunque hasta ahora nos hemos referido a los trabajos del Dr. Maluquer referentes a la Protohistoria de Cataluña y el valle del Ebro, no hay que olvidar que, desde 1950, como catedrático de Arqueología de la Universidad de Salamanca, centró muchas de sus investigaciones en tierras de la Meseta occidental. Tras una primera etapa de prospecciones, toma de contacto y revisión de colecciones y trabajos como los del P. Morán, vio la luz su *Carta Arqueológica de Salamanca* (MALUQUER, 1956 a), que refleja la intensa actividad de campo y puesta al día. Entre los distintos yacimientos explorados, iba a centrar sus esfuerzos particularmente en dos: El Cerro del Berrueco en Salamanca y el Castro de Sanchorreja en Avila. Antes de que se publicaran las dos monografías dedicadas a cada uno de estos yacimientos en 1958, fue dando noticia de ellos o de materiales especialmente significativos sobre todo a través de la revista *Zephyrus*. Así el dedicado a la cerámica del Boquique, la pintada de Sanchorreja o los bronceos (MALUQUER, 1956 b, 1957, 1957 a), con los que iba a llamar la atención sobre aspectos concretos e innovadores de lo que entonces se englobaba en el concepto de primera Edad del Hierro en la Meseta y sobre todo desde una perspectiva diferenciadora en relación con su amplia experiencia en el valle del Ebro y Noreste peninsular.

Voy a tratar de analizar algunos aspectos de su estudio dedicado al Cerro del Berrueco, porque considero que sigue planteando problemas muy vigentes, no sólo en relación con las cerámicas de tipo Boquique, tema que ha dado lugar a una abundante bibliografía desde los años setenta, sino también en relación al tránsito del Bronce al Hierro en la Meseta. En primer lugar habría que destacar su definición concreta del yacimiento, al que se atribuía una gran extensión y del que procedían numerosos e interesantes materiales de diversa época. En realidad no se trataba de un solo asentamiento sino de "toda una cadena de yacimientos distintos que presentan la posibilidad de establecer unas áreas consecutivas en lugar de ofrecer una estratigrafía

vertical de tipo normal: (MALUQUER, 1958 a, pág. 11). Se trata por tanto de una clara organización de poblamiento de carácter nuclear, tan frecuente en el área del Sureste en el tránsito del Bronce al Hierro, en contraposición al de carácter continuado como se da en el caso de Sanchorreja, y que es fundamental para la comprensión de los variados tipos de asentamiento en la Meseta en esta época, según se pone de manifiesto en las recientes investigaciones. El tratar de explicar el porqué de la diferente estrategia de asentamiento en altura, en llano o los "campos de silos", dentro del complejo englobado bajo la etiqueta de Cogotas I, sería realmente importante, quizás más que la evolución teórica de un determinado tipo de cerámica.

Dentro del complejo del Berrueco, delimita un primer lugar de habitación, el poblado de La Mariselva, en la ladera sur del cerro del Berroquillo, cuya cronología sitúa a comienzos del II milenio, seguido por el del Cancho Enamorado, en el cerro del Berrueco propiamente dicho, amurallado, que se inicia con la típica cerámica incrustada de técnica de Boquique ausente en la Mariselva, mostrando un desarrollo uniforme desde el Bronce Final a la primera edad del Hierro. Los poblados en el llano de Los Tejares y Santa Lucía, corresponden a la fase Cogotas II, alcanzando la romanización, y la necrópolis de La Dehesa, al parecer correspondiente a la segunda edad del Hierro, dan buena idea de la nuclearización de los sucesivos asentamientos del Berrueco y de la gran área de ocupación del poblamiento.

La excavación del Dr. Maluquer se centró en La Mariselva y Cancho Enamorado, la prospección de los otros lugares le sirvió para situar la posible procedencia de piezas conservadas en diversas colecciones con la única atribución general al Berrueco. En el Cancho Enamorado se analiza con detenimiento la formación de los sedimentos, muy desigual en las distintas zonas, como consecuencia de la intensa erosión y colmatación en determinados puntos, producida por la gran pendiente del cerro. La muralla, muy simple, que forma el recinto uniendo zonas de canchales, debió de construirse en el primer momento de ocupación del cerro, antes de finalizar el II milenio, sucediendo inmediatamente al abandono del poblado abierto de La Mariselva.

Indica que en Los Castillejos de Sanchorreja, donde también existió un poblado de la misma época que el de Cancho Enamorado en lo alto de un cerro, al parecer no estaba fortificado, ya que la fortificación del castro de Sanchorreja corresponde al momento posterior de Cogotas II. Algo análogo parece darse en el yacimiento de Cogotas, en donde también existió una primera fase semejante a las de Cancho Enamorado y Sanchorreja, y que al parecer, por los datos que proporciona Cabré, tampoco se fortificó hasta la fase siguiente. Las excavaciones de 1981 y 1982 en Sanchorreja parecen determinar una cerca o muralla infra-

puesta a la ya conocida (GONZALEZ-TABLAS, 1984, pág. 3). En todo caso, lo que parece claro es que la muralla de Cancho Enamorado, tanto por la técnica constructiva, como por el contexto que la acompaña, difiere de las típicas defensas castreñas propias de la fase Cogotas II. Estas divergencias también pueden señalarse en este segundo momento, cuando se fortifica el castro de Cogotas II y el de Sanchorreja de la misma fase, mientras que en el Berrueco se abandona la cumbre del cerro y empiezan a poblarse y amurallarse los lugares bajos como Los Tejares y Santa Lucía, "que corresponden cronológicamente a la etapa rica de Las Cogotas y a la segunda fase de Sanchorreja" (MALUQUER, 1958 a, pág. 38).

En Cancho Enamorado pudo excavar seis chozas cuadrangulares, aislando los ajuares de cada una de ellas. En la Be/1 además de dos tinajas de almacenamiento conservadas in situ, que pudieron ser reconstruidas, había cerámica con decoración de incrustación tipo boquique, de la que también se reconstruyeron dos piezas. La choza Be/2 es la única que presentó dos niveles de ocupación separados por un estrato de incendio; en los dos apareció el mismo tipo de cerámica lisa y decorada de estilo boquique, pero lo más destacable es que en el nivel inferior aparecieran objetos de hierro (una hoja de cuchillo, una navaja de afeitar, grandes cinceles y un punzón), dos fragmentos de brazaletes de bronce, uno con decoración de triángulos incisos, acompañados de cerámicas decoradas de tipo boquique, lo que lógicamente interpretó como un estadio de transición de la edad del Bronce al Hierro. Hay que decir que ello le planteaba un problema, teniendo en cuenta que enlazaba la primera ocupación de Cancho Enamorado con el abandono del asentamiento de La Mariselva, y que consideraba la cerámica de incrustación tipo boquique como simple evolución de la campaniforme de estilo Ciempozuelos, y además señalaba la presencia de ciertas piezas de las colecciones Moran e Ibáñez (alfiler perforada y collar de bronce) relacionables con el Bronce Medio europeo, anteriores al año 1000, posible fecha inicial del poblado (MALUQUER, 1958 a, pág. 95 y ss.). A pesar de los problemas que planteaba la sedimentación del cerro, detalladamente expuestos por el autor, precisamente en el caso de la choza Be/2 la sedimentación parecía presentarse sin remociones y por tanto el dato estratigráfico debe de tenerse en cuenta.

La choza Be/3 presentaba la asociación de cerámicas excisas y de tipo boquique, la más abundante: "la unión de ambas técnicas decorativas en un poblado de la edad del Hierro de la Meseta, por primera vez en un nivel intacto" (MALUQUER, 1958a, pág. 51). En la Be/6, con un suelo encachado de piedra apareció un puñal de bronce con lengüeta, junto a cerámica lisa predominante, además de la incisa y un fragmento de decoración excisa.

Pero sobre todo, a partir de estas excavaciones, y dada la riqueza y variedad de formas y decoraciones de la cerá-

mica de incrustación o tipo boquique, quedó destacado el interés de esta técnica cerámica como distintiva de su carácter indígena y típico de la Meseta (MALUQUER, 1956 b). Después de los más de treinta años transcurridos, la valoración de esta técnica cerámica y sobre todo su cronología y difusión por el sur y levante peninsular, han cambiado considerablemente dentro del horizonte de Cogotas I, cuyo desarrollo se iniciaría en el Bronce medio y durante todo el Bronce tardío y final. Fernández-Pose (1982; 1986) considera, dentro de una gran diversidad en función de su propio sustrato, que el inicio de Cogotas I tendría una primera fase inicial a partir de los siglos XV-XIV, la segunda, de plenitud, durante el Bronce Final hasta el cambio de milenio, iniciándose algo después su etapa final con predominio de la técnica decorativa de excisión y nuevas tipologías en las formas, destacándose grupos culturales, al parecer independientes, al final de Cogotas I, momento que no llegaría a sobrepasar el año 800, según esta autora, de acuerdo con datos proporcionados por estratigrafías del sureste peninsular.

La enorme amplitud cronológica que actualmente parece atribuirse al horizonte Cogotas I en base a unas técnicas cerámicas de gran pervivencia, sólo podrá matizarse adecuadamente cuando se cuente con estratigrafías que relacionen las fechas de C 14 con secuencias culturales y contextos más completos en las distintas áreas en las que se ha señalado su presencia. De momento la evolución de la cultura de Cogotas I es difícil de definir. Recientemente, María Cruz Fernández Castro incide en el tema: "Algunos motivos típicos y antiguos de boquique se repiten hasta en los vasos de formas más tardías. La excisión se une al boquique desde el momento mismo de su formación. La fecha dada por Maluquer en el Berrueco y Sanchorreja se centró en el siglo VII basándose en objetos de hierro en conexión con la típica cerámica incrustada en Be/2, y en la proximidad cronológica entre la "cerámica antigua" de Cabré y la decorada a peine de Cogotas II en el nivel alto de Sanchorreja. Las dificultades de precisión cronológica no resultan fácilmente salvables" (FERNANDEZ CASTRO, 1988, pág. 62). Sin embargo, su análisis del repertorio decorativo del Berrueco lo encuadra en el siglo X a. de C. (págs. 69-72).

Uno de los problemas principales que presenta el horizonte de Cogotas, es el de la definición de su contexto, que evidentemente va más allá de unos determinados tipos de cerámica. En estos últimos años se han señalado distintos modelos de asentamiento que indican una evidente falta de uniformidad (MARTIN VALLS y DELIBES, 1972; 1973; 1975; MARTINEZ NAVARRETE, 1979; ALMAGRO y FERNANDEZ GALIANO, 1980; MARTINEZ NAVARRETE Y MENDEZ, 1983) y algunas sepulturas de inhumación (DELIBES 1978), que también parecen entroncar con la tradición campaniforme. Pero otro de los elementos

que han servido tradicionalmente para tratar de establecer una cronología dentro del Bronce Final peninsular, han sido los bronce, que precisamente son escasos y poco característicos para la primera fase de Cogotas I. Como señala Coffyn (1985, pág. 189 y ss.) "No se ha descubierto ningún depósito en relación con la cerámica. En Cancho Enamorado, en medio de bronce diversos de todos los períodos: hachas planas, puntas de Palmela, cinceles, punzón, alfileres con cabeza arrollada, aparece un puñal con lengüeta que no tiene ninguna relación con los de la Península. En otra parte del yacimiento un brazaete de bronce con decoración incisa geométrica, junto a objetos de hierro". Es evidente que el material no está tan mezclado como este autor pretende (COFFYN, 1985, págs. 193 y 198) y que tampoco el estudio tipológico de los bronce es la panacea para establecer secuencias, que en todo caso sólo son aproximadas teniendo en cuenta que los elementos que sirven de base proceden de depósitos que casi nunca pueden considerarse como conjuntos cerrados, ya que frecuentemente presentan asociaciones de piezas cuya cronología puede estar distanciada en uno o más siglos. En su opinión la producción más corriente, relacionada con Cogotas I, sería el hacha de talón y de talón con anilla, nuevo modelo introducido a finales del Bronce Medio, en el siglo XIII a. de C., pero precisamente hay un vacío casi absoluto de este tipo de piezas en la zona clásica de la cerámica de Cogotas I (COFFYN, 1985, mapa 33). Por ello piensa en la perduración de útiles y armas más antiguos, que, como las puntas de tipo Palmeta, aparecen en las capas inferiores de los hábitats, e incluso en ciertos depósitos que pertenecen al Bronce Final, como los de Padilla de Abajo en Burgos y Layna (Soria). En todo caso, esto confirmaría la antigüedad del inicio de la cultura, "cuyo desarrollo cubrirá la totalidad del Bronce Final". Una nueva fase, Cogotas II, se iniciará con la edad del Hierro (COFFYN, 1985, págs. 198, 202 y 235).

Pero volviendo al Berrueco y concretamente al puñal de bronce de la choza Be/6 de Cancho Enamorado, Maluquer lo consideró de tipo atlántico, del Bronce Final, marcando el comienzo del uso de objetos de hierro. Establece comparaciones con el puñal de bronce de Ocenilla (Soria), también con remaches en la línea central que corresponde a la nervadura de la hoja, que, sin embargo, es de otro tipo, de lengua de carpa. También señala que en el depósito de Huerta de Arriba hay puñales parecidos aunque con más remaches, lo que sería indicio de mayor antigüedad y mayor dependencia del sistema de enmangue en corona de clavos, ya superado en el ejemplar del Berrueco. Los más próximos tipológicamente serían los de la Colección Bonsor procedentes de sepulturas indígenas de los alrededores de Carmona, que aunque tienen la hoja en forma de lengua de carpa, son idénticos en el sistema de empuñadura. También estarían más o menos emparentados los del depósito de la

ría de Huelva. A juicio de Maluquer, el del Berrueco resulta más tardío comparado con los anteriores. "La simplicidad de la empuñadura muestra que no nos hallamos ante un momento inicial de la metalurgia del bronce atlántico, sino en un momento de plenitud de la metalurgia peninsular, en la que los tipos se han estilizado con la supresión de elementos superfluos, como eran las complicaciones del pomo y de la cruz, que eran simples herencias de los tipos de bronzes centroeuropeos del Bronce Medio" (MALUQUER, 1958 a, págs. 69-70).

Fernández Castro también se ocupa del puñal pistiliforme del Berrueco (1988, pág. 83), que indicaría contactos exteriores, que, originariamente, no responden al círculo cultural del Bronce atlántico. Sus precedentes más lejanos estarían en el Bronce Medio de la región de Baden-Württemberg, tipo que derivará en el conocido centroeuropeo de Rixheim durante los primeros campos de urnas, con lengüeta generalmente triangular y tres clavos de remache. A su juicio, el puñal del Berrueco no difiere del tipo Porto de Mós, aunque este tiene tres perforaciones en la lengüeta, e incluso del de la ría de Huelva, que apunta hacia la etapa posterior de la lenguas de carpa. Los paralelos más próximos estarían, según esta autora, en el depósito de Vénat, fechado entre el 850 y el 650 a. de C. A pesar de ello, considera la cronología del puñal del Berrueco anterior a los ejemplares del depósito de la ría de Huelva, pertenecería al Bronce Final II de la Prehistoria francesa, entre el 1100 y el 900 a. de C.

Coffyn, al tratar del Bronce Final III atlántico, estudia ampliamente los puñales tipo Porto de Mós (1985, págs. 171-174) señalando que en el depósito de la ría de Huelva, donde se encuentran elementos antiguos, hay una serie de puñales muy particulares que hay que tener en cuenta en la génesis del tipo. Según él no es posible buscar un origen centroeuropeo para el tipo, en el que hay que ver una invención peninsular. Concretamente dice que "el puñal del Berrueco, con su hoja de sección losángica y sus dos remaches, no se puede confundir con el tipo portugués en el que se ha clasificado a menudo. Ocurre lo mismo con el puñal de El Oficio". "Los puñales de El Berrueco y el Oficio no pueden confundirse con el tipo Porto de Mós y habría que distinguir entre éste último tipo y el de Huelva con hoja en lengua de carpa" (COFFYN, 1985, pág. 174 y nota 55). "Los puñales con apéndice estrecho perforado (Cancho Enamorado y El Oficio) son de un tipo particular, similar a los puñales del Bronce Final III del oeste francés" (COFFYN, 1985, pág. 218). En este sentido, la relación con el depósito de Vénat, apuntada por Fernández de Castro, iría por la misma línea comparativa, aunque Coffyn no la desarrolla (1985, fig. 18 n.º 3 y 6; fig. 38 n.º 1 y 2; fig. 42 n.º 8; fig. 44 n.º 9).

Hemos visto que Maluquer también relacionaba su puñal con los del depósito de Huerta de Arriba, pues bien, cuando

Coffyn trata de La Meseta durante el Bronce Final atlántico III, indica la continuidad de la cultura Cogotas I en este período aduciendo como prueba la sepultura de San Román de la Hornija. A la fíbula chipriota de esta sepultura, fechable hacia el 850 a. de C., habría que añadir la del Castro de Yecla y la del Berrueco, así como las fíbulas de codo del Berrueco, Villamorón y Lancia, que testimonian intercambios con el Mediterráneo. Las relaciones con el grupo Vénat estarían atestiguadas por la espada de El Bierzo y las armas cortas de paredes de Nava, destacando los dos conjuntos de Huerta de Arriba y el Castro de Sansueña. Concretamente en Huerta de Arriba hay "un puñal de tipo corriente en Vénat". "Este depósito indica claras influencias atlánticas y la presencia del puñal con lengüeta perforada y varios remaches, permite situarlo en la segunda mitad del siglo IX, entre el 825-800 a. de C. aproximadamente" (COFFYN, 1985, pág. 235 y láms. LXV, 14 y LXIV). En realidad uno de los puñales del depósito de Huerta de Arriba, con un solo agujero de remache, es muy semejante al de Cancho Enamorado que tiene dos. De todas formas, aunque sea dentro del Bronce Final III atlántico, la cronología del depósito de Vénat es muy amplia, desde mediados del siglo IX a mediados del VII, y no hay que olvidar que junto a los 2820 objetos de bronce había también una plaquita de hierro, que quizás habría que tener en cuenta a la hora de establecer la fecha final del depósito. También se ha señalado últimamente que en el depósito de Huelva había algún fragmento de hierro, que hasta ahora parece no haberse considerado (RUIZ GALVEZ, 1987, pág. 257).

Como ya vimos, en el nivel inferior de la choza Be/2 de Cancho Enamorado, Maluquer encontró, asociados a la cerámica decorada tipo boquique, dos fragmentos de brazalete de bronce y varias piezas de hierro. Destaca la navaja de afeitar de tipo rectangular con espiga, que considera semejante a las del depósito de Huerta de Arriba aunque en hierro, junto con los grandes cinceles también de hierro. Este hecho sería una prueba de la cronología relativamente tardía del poblado. Ello le lleva a una serie de consideraciones sobre la cronología del lote de la ría de Huelva, su carácter de simple cargamento de metal para fundición, que explicaría sus oscilaciones cronológicas. Su valor "estriba precisamente en la confirmación arqueológica que ofrece para la vitalidad de las fundiciones tartésicas que nos atestiguan las fuentes históricas". "Durante los siglos VII-VI la influencia tartésica se extiende considerablemente hacia el interior de la Península alcanzando incluso la Meseta superior". El estímulo de estos contactos sería el estaño y el oro de la meseta occidental (MALUQUER, 1958 a, págs. 71-72). Es evidente que a la luz de estos datos no tenía más remedio que enlazar el Bronce Final de Cancho Enamorado con el comienzo del uso del hierro, que en aquella época no alcanzaba, como ahora, el siglo VIII, aunque otras evidencias que ya he citado, como la propia cerámica, algunos

hallazgos sueltos de bronce relacionables con el Bronce medio europeo y la propia continuidad del poblamiento, le llevaba a considerar la fecha inicial del poblado hacia el año 1000. Incluso insiste en que "es imposible establecer una neta separación antes de existir una verdadera metalurgia del hierro, cuando se utilizan piezas manufacturadas importadas de otros núcleos". Por otro lado, la comparación con Sanchorreja, en cuyo nivel inferior aparecían cerámicas semejantes a las del Berrueco, y en el superior cerámicas decoradas con peine del tipo Cogotas II, al parecer sin solución de continuidad, todo lo más con bronce tartésicos, fechables hacia el siglo VI, atribuibles a un momento entre ambos niveles, le obligaba a situar en esa fecha el momento anterior al castro amurallado (MALUQUER, 1958 a, págs. 95 y ss.).

La cronología actualmente admitida para el depósito de la ría de Huelva, reafirmada por la fechas de C14 sobre restos de madera de dos de sus piezas, podría centrarse hacia el 850 a. de C., la posibilidad de que hubiera hierro en el lote, obligaría a rebajar su momento final, quizás el del hundimiento de la carga, como se ha hecho repetidamente. La amplia cronología del depósito de Vénat (850-650 a. de C.) donde también aparece el hierro, señalaría una fecha tope de mediados del siglo VII para la aparición de este metal en la Charente. Si relacionamos estos datos con los aportados por las excavaciones del Berrueco, el contexto de las chozas Be/2 –hierro cerámica Cogotas I– y Be/6 –puñal de bronce con el mismo tipo de cerámica–, la cronología tope de mediados del siglo VII, no parece descabellada en el ámbito de relaciones con el área tartésica, donde la metalurgia del hierro llega, con la colonización fenicia por lo menos desde comienzos del siglo VIII, incidiendo sobre la población indígena que, desde la segunda mitad del siglo VIII, practica su propia metalurgia férrica, tal y como se ha documentado en el Sureste (ROS SALA, 1989). Hay que tener en cuenta además, como frecuentemente insistía el Dr. Maluquer, que la presencia de objetos manufacturados de hierro no presupone el conocimiento de la metalurgia. Así en el poblado IIa de Cortes de Navarra aparecen los primeros objetos manufacturados, mientras que en el IIb (650-550 a. de C.) se documenta la actividad metalúrgica por la presencia de grandes bloques de mineral (MALUQUER, 1958, 1971 y 1985).

Entre las piezas encontradas fuera de contexto, habría que recordar los asadores. Además de la conocida pieza de tipo atlántico articulado con empuñadura vasiforme, Maluquer encontró un fragmento de asador entre las chozas Be/1 y Be/6, que relacionó con tipos del Alentejo y Algarve, procedentes de sepulturas de inhumación tumulares, "propias del SO peninsular, quizás relacionado con el área tartésica" (MALUQUER, 1958 a, pág. 84). En realidad el fragmento podría relacionarse más bien con el tipo Guadal-

quivir o andaluz, actualmente bien documentado con hallazgos a todo lo largo del río, que parece representar el final de una evolución local, cada vez más simplificada, en el Bronce Final III atlántico (COFFYN, 1985, págs. 224, 394, lám. LVIII n.º 2 y fig. 28).

Otros hallazgos que necesariamente hay que mencionar en relación con la cronología tardía del Bronce Final, aunque tampoco procedan de las excavaciones de Maluquer en Cancho Enamorado, son las fíbulas para las que ahora contamos con más datos y precisiones cronológicas. Desde los primeros trabajos del Dr. Almagro Basch sobre las nueve fíbulas de la ría de Huelva (1957 y 1968), en que se definió la fíbula de codo del llamado "tipo Huelva", se relacionaron con las procedentes del Cerro del Berrueco, del Castro de Yecla y de un lugar indeterminado de la Meseta (¿Burgos?) en el ejemplar conservado en el Museo Arqueológico de Barcelona, destacándose enseguida el interés de la penetración del tipo en la Meseta, precisamente en el contexto de lo que llamamos Cogotas I. No voy a repasar toda la bibliografía sobre el tema, limitándome sólo a comentar dos trabajos recientes por su significación destacada. En primer lugar, el que se refiere a la fíbula de codo con decoración gallonada, procedente de la sepultura de San Román de la Hornija. El hallazgo reviste el mayor interés por su situación geográfica, que reitera lo ya apuntado antes, por proceder de una singular sepultura de inhumación de la facies Cogotas I bien documentada y por las precisiones cronológicas que apuntan las dos fechas de C14 obtenidas sobre huesos de uno de los inhumados (870 a. de C.) y sobre restos de carbón de un hogar con cerámicas relacionadas con la sepultura a la que aportan una fecha *ante quem* de 1010 a. de C. (DELIBES, 1978). Señala su editor que la fíbula presenta los caracteres del tipo de Huelva definido por Almagro, y que, como ellas, reúne una característica típica de las fíbulas sicilianas, el desplazamiento lateral del codo formando un puente con dos brazos desiguales, y la decoración gallonada del mismo de origen chipriota. Se trataría de una convergencia de influjos de doble procedencia –Sicilia, Chipre– en la formación del prototipo hispánico más que de una influencia estrictamente chipriota. El hecho de que en el lote de Huelva, una de las fíbulas sea del tipo Módica confirmaría esta atribución ya apuntada por Guzzo. Se podría pensar en "una imitación local de modelos exóticos, hipótesis razonable a la vista de la personalidad del tipo de Huelva y de su dispersión ceñida exclusivamente a la Península Ibérica". En cuanto a su cronología, el autor se inclina por la más reciente, del 870, de las dataciones aportadas por el C14. (DELIBES, 1978, págs. 245-246). M.ª Cruz Fernández Castro, tras hacer un documentado análisis de todos los posibles prototipos, propone un origen siciliano siguiendo a Guzzo y Bernabò Brea. Se basa en el hallazgo en la Península de fíbulas muy similares a las de Cassibile, Mulino della Badia, o Tre

Canali (fíbula del Museo Municipal de Valencia y fíbula de Monachil). Los precedentes sicilianos se enmarcarían en la fase Pantalica II (1100-900 a. de C.). Propone una datación de fines del siglo X o tal vez de la primera mitad del siglo IX para las fíbulas de codo onculado y brazos moldurados de la Península Ibérica (FERNANDEZ CASTRO, 1988, págs. 217-231). Esta autora se refiere también a una fíbula de arco de violín dibujada en el "Libro de Excursiones" de Morán, dada a conocer por Delibes (1981) cuya procedencia es indecisa, del Cerro de Berrueco o la Meseta occidental. La morfología de la mortaja tachonada le hace atribuir-la a la fase Pantalica II, entre 1100 y 900 a. de C., siguiendo a Sundwall, y "aportaría a la región, en las coordenadas cronológicas de Cogotas I, un ingrediente tipológico interesante como precedente de las fíbulas de codo de la Península" (FERNANDEZ CASTRO, 1988, págs. 84-85). En realidad las fíbulas de arco engrosado y mortaja simétrica tachonada, son muy frecuentes también en sepulturas del Lacio de la fase Lacial II A (Osteria dell'Osa), entre el 900 y 830 a. de C., cronología más o menos coetánea con la propuesta para las fíbulas de codo peninsulares, por lo que es difícil considerarla como precedente.

El otro trabajo al que me quiero referir es el de M.^a Concepción Blasco Bosqued con motivo de la publicación de la fíbula *ad occhio* procedente de Perales del Río (Getafe). Aquí también el interés estriba en su procedencia, un "fondo" bien documentado del horizonte Cogotas I en la región Henares-Jarama, respondiendo a un mismo ambiente que las del valle del Duero y en la rareza del tipo dentro de las fíbulas de codo de la Península, hasta ahora sólo representado en el ejemplar de Roça de Casal do Meio y en el de Mola d'Agres (BLASCO, 1987). La fíbula, cuyo análisis puso de manifiesto un verdadero bronce con 17,09% de estaño, se inscribe en el marco general de las fíbulas de codo peninsulares como expresión de las relaciones mediterráneas durante el Bronce Final. Dentro de estas relaciones, la autora señala con gran claridad dos tradiciones bien diferenciadas, la sirio-chirpiota y la sícula. La primera se caracteriza por piezas de arco generalmente simétrico y con decoración agallonada a base de molduras de diferente anchura y morfología. La sícula presenta el arco ligeramente engrosado en el centro de los brazos, pero sin molduras y sólo a veces decoración de finas estrías. En Sicilia el arco en general es asimétrico mientras que en la Península se presenta de las dos formas, simétrico y asimétrico. En Sicilia se dan las dos modalidades, de codo simple y *ad occhio*, que son sincrónicas. En la Península, además de las fíbulas de codo tipo Huelva, también presentes en la Meseta, que podrían considerarse de inspiración sirio-chirpiota, aparecen las de tipo netamente sículo en el ejemplar citado de la ría de Huelva, y el procedente de Mansilla de Mulas, ambos con el arco liso, los de Monachil, Cerro de Alcalá y Museo de Valencia, con arco decorado y los tres ejempla-

res *ad occhio* de Casal do Meio, Mola d'Agres y Perales del Río. Esta doble corriente respondería a un tráfico comercial libre de monopolios, donde se unen corrientes orientales a elementos de origen itálico.

Es del mayor interés la observación de la autora de que las pocas fíbulas de codo aparecidas en las regiones más periféricas no se encuentran nunca asociadas a elementos de Cogotas I, a pesar de que esta facies llegó a tener una amplia presencia en las regiones costeras meridionales y occidentales. De ello deduce que las fíbulas de codo se insertan en dos ambientes distintos, el Horizonte Cogotas I del interior, de fuerte carga tradicional, y el Bronce Final I y II de las regiones periféricas, más abiertas a corrientes innovadoras. Ello supone "por una parte, que la influencia de los grupos meseteños de Cogotas I en las zonas meridionales desaparece antes de que el propio horizonte finalice en el interior, por otra, que los conjuntos materiales del Bronce Final-Hierro I que encontramos en una amplia extensión de ambas mesetas, en los que se advierte un claro reflejo de las áreas costeras, corresponden a un momento avanzado" (BLASCO, 1987, págs. 22-24, mapa de la fig. 5). Tal podría ser el caso del Berrueco, aunque en el caso de su fíbula no podemos determinar su contexto preciso. Si se supone que las fíbulas de codo son coetáneas o no muy distanciadas cronológicamente, entre el 870 y el 750 a. de C. aproximadamente, ello coincidiría con un momento de gran diversificación entre los grupos del Bronce Final de las zonas periféricas y la Meseta, donde persiste el Horizonte Cogotas I, cuyo momento final es difícil de precisar. Al mismo tiempo, sería indicativo también de que los contactos, patentes durante el Bronce Tardío o comienzos del Bronce Final, no se han interrumpido, aunque no fueran tan fuertes como para producir un cambio en los materiales, asentamientos y costumbres funerarias de las gentes de la Meseta, por lo menos hasta mediados del siglo VIII.

En este sentido, sería interesante reconsiderar el problema de la génesis del horizonte Cogotas I, cuya derivación a partir del campaniforme tardío tipo Ciempozuelos va más allá de unas simples afinidades decorativas a la tipología de ciertas formas como la copa, cazuelas, fuentes, platos o soportes, que puede relacionarse con el grupo campaniforme de Carmona (silos de Acebuchal y Carmona), y el estrechamente emparentado con él del estuario del Tajo (Palmela, San Pedro de Estoril), paralelos y seguramente coetáneos del de Ciempozuelos, cuyo espléndido desarrollo alcanza tiempos muy tardíos con decoración de tipo exciso (Algodor, Areneros de Valdivia, Alto de Yecla). En la Meseta, la copa de Castillo de Carpio Bernardo, en Villagonzalo de Tormes, es un buen ejemplo de ello (MARTIN VALLS y DELIBES, 1976). Es difícil saber hasta qué punto el paralelismo entre determinadas formas argáricas y algunas del campaniforme del grupo de Carmona podrían reflejar una contemporaneidad, dentro del Bronce Medio,

en el valle del Guadalquivir. Esto supondría una cierta afinidad en el sustrato de la Meseta y una parte de Andalucía antes del horizonte de Cogotas I, de forma que la presencia de este horizonte en el sur-sureste peninsular podía deberse a una relación más estrecha y menos esporádica o exótica de lo que podría pensarse, por partir en ambos casos de un sustrato paralelo.

Otra observación de gran interés en el estudio de Blasco Bosqued, es la de que las fíbulas de codo gallonadas no aparecen en la mitad oriental de la Península, donde en cambio están representadas las de tipo sículo. Esto podría ser indicativo de una doble ruta en el comercio mediterráneo durante los siglos X y IX, antes del predominio fenicio. Una procedería del Mediterráneo oriental y a partir de Sicilia alcanzaría las costas meridionales y la fachada atlántica de la Península hasta las costas del canal de La Mancha, otra iría desde Sicilia por las islas hasta las costas septentrionales del Mediterráneo occidental hasta el sureste ibérico. Este doble influjo arribaría también a la meseta por su parte occidental pero también por la oriental como muestra el ejemplar de Perales del Río (BLASCO, 1987, pág. 27).

Finalmente, me referiré al estudio del Dr. Maluquer sobre el Castro de Los Castillejos de Sanchorreja, de carácter muy distinto al del Berrueco, ya que se basa en los resultados de las excavaciones realizadas entre 1931 y 1935, en su interpretación y en el estudio de sus materiales. Labor verdaderamente meritoria y difícil, gracias a la cual los materiales de tan importante yacimiento no permanecieron inéditos (MALUQUER, 1958 b). En líneas generales se establecieron dos niveles de habitación. El más antiguo estaba compuesto por un estrato oscuro de más de medio metro de potencia que se apoyaba en la roca de base, y estaba cubierto por otro de coloración clara, de unos 12 cm. de espesor. Se le superponía el más reciente constituido por un estrato de tierra negra con cenizas, carbones y huesos de 22 cm. de espesor, y por encima otro de coloración clara con restos de estructuras de barro y vegetales de unos 37 cm. de potencia. Por encima quedaban 45 cm. de tierra vegetal. Estos dos niveles corresponderían a las dos fases de Cogotas I y II respectivamente. En total se excavaron 17 casas, pero no se especifica los materiales que proceden de cada una de ellas. La muralla defendía tres recintos: el de la llamada acrópolis, un segundo recinto que en parte englobaba el anterior y finalmente el más reducido occidental. Se pudieron determinar tres puertas: la principal por la que se accedía a la acrópolis desde el este, la que por el norte comunicaba la acrópolis con el segundo recinto y otra más problemática abierta al sur del tercer recinto. En cuanto a la fecha de su construcción, el Dr. Maluquer afirma que "la construcción de la muralla no se halla en relación con el paso de una a otra fase cultural en Sanchorreja, sino a una determinada circunstancia política o económica del desarrollo de la segunda fase" (MALUQUER, 1958 b, pág. 34).

En cuanto a los materiales, me referiré brevemente a lo más significativo en relación a lo ya visto para el Berrueco. En el nivel inferior, la cerámica decorada presenta la típica de incrustación con la doble técnica de excisión y de incisión tipo boquique coexistiendo en los mismos vasos o empleadas de forma exclusiva una u otra en algunos vasos. La decoración es muy rica, abarcando el tercio superior del vaso e incluso alrededor de la base en forma estrellada y el interior del borde. Contrariamente a lo que ocurría en el Berrueco, donde predomina la técnica de boquique, aquí el empleo de las dos técnicas es equivalente. La cronología final de esta cerámica la sitúa a fines del siglo VI, en función de la datación dada al escondrijo de bronce aparecido en la choza Sa/1 en 1931, y situado en la parte alta del nivel inferior (MALUQUER, 1958 b, págs. 41-42 y 73-74; 1957 a). La presencia de cerámica pintada, que en aquella época se denominaba "hallstática", dio lugar al inicio de una larga serie de estudios que, todavía, después de la proliferación de cerámicas pintadas en el Bronce Final de casi toda el área peninsular, no han terminado de concretarse de forma totalmente convincente.

En realidad, en la revisión y estudio de los materiales de Sanchorreja, Maluquer sólo encontró un escaso número de fragmentos y de pequeño tamaño. Pertenecían "a vasijas de paredes muy finas, de dos a tres centímetros de grosor, fabricadas a mano y con la superficie alisada de color negro más intenso que la misma pasta del vaso, lo que parece indicar que recibieron una capa de engobe muy fluido antes de ser pintados". Encima "se extendía una capa de pintura roja que unas veces parece ser un baño general y otras se aplica sólo a zonas determinadas o se deja sin pintar una franja alrededor del borde del vaso. En un fragmento la decoración consiste en simples líneas rojas sobre el engobe negro, pero lo más frecuente es la aparición de temas geométricos en amarillo o blanco sobre el rojo". Es interesante destacar que la decoración pintada aparece también en la superficie interior del vaso.

Maluquer dedicó especial interés al estudio de esta cerámica (MALUQUER, 1957; 1958 b, págs. 43-47), cosa que no es de extrañar si tenemos en cuenta que también había encontrado cerámica bícroma (blanco o rojo sobre engobe amarillo o negro), que relacionaba con la del Bajo Aragón, en Cortes de Navarra (MALUQUER, 1954; 1956; 1958). La de Sanchorreja la compara con la de la Almohaja (Teruel) decorada con pintura blanca y roja sobre engobe negro, en la que ve grandes afinidades también temáticas estableciendo paralelos con la de Cortes. Se refiere al vaso de cuello cilíndrico pintado con decoración bícroma en rojo y blanco, encontrado en la vivienda 12/13 K del poblado IIB, señalando las semejanzas técnicas y de temas decorativos. "Ambas cerámicas pueden considerarse como productos de un mismo ciclo artístico" (MALUQUER, 1958 b, pág. 46). La cronología del poblado IIB situaría esta cerá-

mica entre el 650 y el 550, en que el poblado es destruido, inclinándose el Dr. Maluquer por la fecha del siglo VI para la cerámica de Sanchorreja. Pero como ya hemos visto antes, tras la campaña de 1983 en Cortes, parece atribuir la primera aparición de la cerámica pintada al poblado IIa, lo que llevaría a remontar cronología inicial de este tipo de cerámica en Cortes al 700-650 a. de C. (MALUQUER, 1985).

También en el siglo VI situaría esta cerámica "céltica" Purificación Atrian (1961) aunque distingue dos técnicas distintas, aquella en que la pintura se aplica directamente sobre la superficie del vaso (Cortes, Tossal Redó, Maza-león) y la que lo hace sobre engobe rojizo en piezas de menor tamaño (Sanchorreja y Almohaja, entre los que existe afinidad). Ruiz Zapatero considera estas cerámicas como propias de los campos de urnas de la edad del Hierro, es decir a partir del 700 en su cronología. Se trataría de un tipo de evolución local, argumentando que prácticamente toda la temática decorativa coincide con la de las cerámicas acanaladas, incisas y excisas (RUIZ ZAPATERO, 1985, pág. 758).

La aparición de cerámicas pintadas en el sur y levante en el Bronce Final ha venido a complicar aún más las cosas y no me propongo en absoluto abordar ahora este tema, aunque el problema de su relación con las de la Meseta sigue en el aire. González Prats, al estudiar las cerámicas bícromas de Peña Negra I, ha resumido ampliamente el estado de la cuestión, por lo que a él me remito (GONZÁLEZ PRATS, 1983, págs. 113 y ss.). La cerámica bícroma en rojo y amarillo de Peña negra I de Crevillente se aplica a vasos bruñidos, una vez cocida la pieza y su posición estratigráfica corresponde a un momento tardío del Bronce Final, anterior a las primeras cerámicas a torno, debiendo situarse entre la segunda mitad del siglo VIII y el primer cuarto del siglo VII, perdurando en la fase orientalizante (GONZÁLEZ PRATS, 1983, pág. 120).

La cerámica pintada de Sanchorreja actualmente debe de relacionarse con las del grupo de Soto de Medinilla y sobre todo, para la valoración del conjunto del yacimiento, ha de tenerse en cuenta las nuevas excavaciones de González-Tablas en el castro (1984). En las dos campañas de 1981 y 1982 se han distinguido seis niveles, correspondiendo los dos inferiores VI-V a la fase Cogotas I, el IV representaría una fase de transición, en la que aparece la cerámica a peine, sin que se aprecie una división estratigráfica entre el nivel más moderno de Cogotas I y el que ofrece las primeras cerámicas a peine, "incluso en muchos casos, sobre todo en los espacios abiertos fuera de las viviendas, esta división sólo es posible hacerla a través de los materiales, dada la homogeneidad del estrato" (GONZÁLEZ-TABLAS, 1984, pág. 7). Al iniciarse el nivel III se construiría la muralla, lo que, como ya vio Maluquer, no coincide con el comienzo de las cerámicas a peine, sino con la

segunda etapa de éstas. González Tablas remonta la fecha de construcción de la muralla a la segunda mitad del siglo VI.

En el nivel V, el más rico del horizonte Cogotas I, la cerámica decorada supone un 10% del total, predominando la técnica incisa, seguida de la excisa y en menor grado la de tipo boquique, que en general se presenta asociada a la excisión. Es interesante destacar que no apareció cerámica pintada bícroma en los niveles de Cogotas I y sí la de "tipo Carambolo" además de un fragmento decorado con incrustaciones de bronce. La cerámica pintada del nivel V apareció en la casa Sa/18, y presenta temas geométricos lineales muy finos, poco destacados sobre la superficie ocre de las vasijas, fechándola el autor, en base a las dataciones dadas a la cerámica tipo Carambolo y de incrustaciones en bronce, dentro del siglo VIII. Estos fragmentos cerámicos aparecieron en la mitad inferior del nivel, mientras que en la parte alta del mismo nivel de la casa Sa/18 aparecieron dos pequeñas hojas de cuchillo de hierro, lo que lleva a fechar su momento final en el siglo VII. Esto permitiría situar aquí las cerámicas bícromas estudiadas por Maluquer "como producto de los primeros contactos entre el grupo Soto de Medinilla y los habitantes de Sanchorreja" (GONZÁLEZ-TABLAS, 1984, pág. 6). Aunque la cronología inicial propuesta para Soto I es el siglo VIII, de nuevo aquí, como ocurría en el Berruoco o con los materiales de Sanchorreja publicados por Maluquer (MALUQUER, 1958b, págs. 55-71), la presencia de objetos de hierro plantea la necesidad de rebajar la fecha. En la choza Sa/9 apareció una punta de lanza de bronce con aletas próxima al tipo Vénat, asociada a cerámica decorada con punteado inciso, a cuchillos de hierro y a una fíbula de codo con pie largo, a las que actualmente se atribuye una cronología tardía, en el siglo VI y V a. de C. (NAVARRO, 1970; CABRE Y MORAN, 1977; MALUQUER, 1984). Voy a resumir muy brevemente los datos recogidos por Maluquer, en un intento por atribuir una cronología relativa al abundante lote de fíbulas procedente de las viejas excavaciones de Sanchorreja. De las cuatro fíbulas sin resorte, una apareció en la choza Sa/14 junto una serie de vasos, alguno de ellos decorados a peine, en "un estrato que pertenecía al nivel superior del poblado"; otra en la casa Sa/16 también en un estrato correspondiente al nivel superior del poblado, acompañada de vasos enteros y reconstruibles, lisos y decorados a peine del tipo Cogotas II. De los dos fragmentos de fíbulas de pivote, el ejemplar más completo apareció en el mismo nivel que dos fíbulas de doble resorte, otras piezas de bronce, un fragmento de cerámica tipo boquique, otro de cerámica a torno y una plaquita amorfa de hierro. Las fíbulas de doble resorte, como indica Maluquer, aparecen indistintamente en los dos niveles del poblado, lo que sería una demostración más de la continuidad entre ambas fases. Además de las dos citadas en relación con la fíbula de pivote, apareció

otra de doble resorte en la casa Sa/8 asociada a cerámica decorada con peine, y una de menor tamaño en un horizonte exclusivamente de Cogotas I. En cuanto a las fíbulas de codo con pie largo, además de la ya citada de la casa Sa/9, apareció otra en la Sa/14 correspondiente a la segunda fase del poblado, mientras que una tercera con pie muy desarrollado, estaba en conexión con un importante lote de cerámica excisa y de tipo boquique. Finalmente están las dos fíbulas "con el puente ensanchado en forma de hoja", que no queda bien definido a partir de la descripción y el dibujo; una de ellas apareció en el nivel inferior de la choza Sa/13 junto a cerámica incrustada y un fragmento de hebilla con placa rectangular decorada con incisiones y un solo garfio. Hay que destacar que sólo apareció un pequeño fragmento de fíbula de pie levantado con botón terminal, contrariamente a lo que ocurre en Las Cogotas y San Martín de la Sierra, donde son muy abundantes, lo que es un indicio interesante en relación con la cronología relativamente más alta del lote de Sanchorreja (MALUQUER, 1958b, págs. 58-71, figs. 17-19).

De estos datos parece poder deducirse que la mayoría de las fíbulas corresponderían a la primera fase con cerámicas decoradas a peine, quizás al nivel de transición propuesto por González-Tablas, en que las cerámicas del horizonte Cogotas I son sustituidas por las decoradas a peine, propias de la segunda etapa cultural de Sanchorreja. A este momento podrían adscribirse también las cerámicas pintadas bícromas, ya que en las excavaciones de este autor aparecieron tres fragmentos de cerámica de este tipo: uno en el nivel III, el más moderno de los de cerámica a peine, otro en el nivel IVa de la casa Sa/18, correspondiente al más antiguo de la cerámica a peine y el tercero en el nivel IV del segundo recinto (GONZÁLEZ-TABLAS, 1984, págs. 7-8, nota 39). Sin embargo, sigue siendo difícil precisar la cronología de las fíbulas, la cerámica bícroma y los primeros objetos de hierro, para los que se podría aceptar una datación de mediados del siglo VI, si no fuera por la problemática que presenta su relación con el yacimiento de Soto de Medinilla y la de éste con el valle del Ebro, concretamente con Cortes de Navarra.

Al parecer el hierro está presente en Soto desde sus comienzos en el siglo VIII (Soto I), proponiéndose la fecha del 650 a. de C. para Soto II. Las cerámicas bícromas aparecen en Soto I, mientras que en Soto II desaparece la cerámica pintada, apareciendo en cambio la pintura parietal de motivos geométricos en blanco, rojo y rosado (PALOL, 1973; 1974). El amplio papel difusor que actualmente se atribuye a Soto plantea graves disonancias cronológicas en relación con Sanchorreja, no sólo en lo que se refiere a las cerámicas bícromas –casi dos siglos de diferencia– sino también en lo que se refiere a la introducción del hierro. La cronología de Soto II, a mediados del siglo VII, se establece por sus analogías con el poblado IIb de Cortes de Nava-

rra. En todo caso habría que plantearse si hay que rebajar la de Soto I o subir la de Sanchorreja quizás a la primera mitad del siglo VII para la llegada de los primeros objetos de hierro, no necesariamente desde la Meseta occidental, y situar el final de Sanchorreja en el siglo V como propone González-Tablas (1984, pág. 13). En este sentido sería interesante considerar la falta de fíbulas de pie levantado con botón terminal a que me he referido antes, cuya cronología en la Meseta se sitúa para los tipos más antiguos dentro del siglo V (CABRE Y MORAN, 1977, págs. 130-133). En todo caso, de las excavaciones de González-Tablas en Sanchorreja se deduce que la fase Cogotas II de este yacimiento correspondería a un momento antiguo, Cogotas IIa, a comienzos del Hierro I (GONZÁLEZ-TABLAS, 1984, págs. 16-17).

Para terminar con esta serie de consideraciones en torno a la aportación del Dr. Maluquer en su estudio de Sanchorreja, tenemos que referirnos necesariamente al depósito de bronce encontrado en 1931, que al parecer "yacía en la parte alta del nivel cultural inferior", lo que sirvió para establecer la cronología relativa del nivel superior (MALUQUER, 1958b, págs. 73-88). Independientemente de los problemas estratigráficos que resulta imposible resolver en relación con el ocultamiento de las piezas, que, lógicamente se produjo cuando el nivel inferior ya estaba formado, revisten el mayor interés para una aproximación cronológica y al mismo tiempo como reflejo del complejo mecanismo de relaciones entre la Meseta y los centros de producción de bronce del sur peninsular. Concretamente el Dr. Maluquer proponía para la hebilla con decoración calada una cronología dentro del siglo VI. Las excavaciones de M.^a Eugenia Aubet en Setefilla aportan suficientes datos arqueológicos como para precisar mejor la evolución de los broches de cinturón, que los meramente tipológicos. Esta evolución de los tipos 1 a 4 de Cuadrado se produce en un tiempo relativamente corto, desde finales del siglo VII a mediados del VI y lo que es también muy significativo, aparecen en las tumbas con cuchillos de hierro y fíbulas de doble resorte (AUBET, 1975, págs. 146-150). Más recientemente el Dr. Maluquer también se ocupó de los broches de cinturón con motivo de sus excavaciones en necrópolis del delta del Ebro, recordando la decoración de tipo orientalizante del ejemplar de Sanchorreja. Establece dos grupos o posibles centros de producción con dos tipos de placas, el del Bajo Guadalquivir y el del Bajo Ebro y Cataluña. Ambos grupos tendrían una misma cronología inicial, coexistiendo desde fines del siglo VII a la primera mitad del VI. En un momento dado, a mediados o finales del siglo VI desaparece el tipo tartésico, mientras que el del noreste continúa, siendo característico del siglo VI y alcanzando el siglo V. En Sanchorreja coexisten los dos tipos en el hallazgo de Cabré, lo que confirmaría la datación tope de mediados del siglo VI o en todo caso permitiría remontarla hasta finales

del siglo VII como mucho (MALUQUER, 1984, pág. 931).

Para terminar quisiera insistir en la necesidad de seguir valorando la importancia de la continuidad de las relaciones entre la Meseta y el área tartésica dentro de la primera edad del hierro, junto a las procedentes del valle del Ebro, lo que explicaría el sincronismo de grupos con contextos culturales distintos, fruto de la persistencia de tradiciones anteriores en algunos que, al mismo tiempo, están abiertos a influencias diversas. La introducción de los primeros objetos de hierro en la Meseta occidental no deben atribuirse necesariamente a influencias del valle del Ebro, como parece ser el caso del grupo Soto, sino que su procedencia podría deberse a las relaciones continuadas por la vieja ruta sur-norte occidental. En ambos casos la fecha de la segunda mitad del siglo VII, tanto para el Berrueco como para Sanchorreja parecería bastante aceptable.

Pero vamos a ver lo que opinaba más recientemente el Dr. Maluquer sobre el tema. En 1984, con motivo del Coloquio Internacional sobre la edad del Hierro en la Meseta norte, celebrado en la Universidad de Salamanca, presentó una ponencia sobre la problemática general del Hierro en occidente (MALUQUER, 1984a). Entre las numerosas y sugerentes ideas que allí expuso, me voy a referir a la que desarrolla sobre la adopción de la metalurgia del hierro por las poblaciones indígenas.

En Cortes, como ya hemos dicho repetidamente, la presencia de objetos de hierro está documentada desde el poblado IIa y la existencia de una verdadera metalurgia desde el IIb, destruido en el siglo VI. Pero desde la fase de poblado III se desarrolla la metalurgia del bronce que coexiste con la del Hierro en la fase II. La actividad metalúrgica del bronce es suficientemente importante como para admitir una adopción local de la del hierro, en base a la ya plenamente desarrollada del bronce. La producción del hierro a partir de las menas del Moncayo no ofrecería demasiadas dificultades: "Técnicamente la producción de hierro no tiene dificultades superiores a la producción de bronce, al contrario, es más sencilla y precisa de menos condicionamientos. Cualquier metalúrgico de la Edad del Bronce puede producir hierro sin dificultad alguna. Si antes no se utilizó, hay que buscar las causas no ciertamente en el campo de la tecnología. Con estos antecedentes es preciso distinguir entre el uso del hierro, metalurgia de hierro y Edad del Hierro" (MALUQUER, 1984a, pág. 2). Esto plantearía la cuestión de si el uso del hierro pudo ser en algún punto de la Península consecuencia del desarrollo de una tecnología local, de un comercio de importación, o un descubrimiento a partir del conocimiento de su existencia y uso.

El desarrollo de la metalurgia del hierro en la ribera del Ebro, potenciada por la riqueza férrica del Moncayo, debió de influir decisivamente en la introducción del hierro en la Meseta norte, a juicio del Dr. Maluquer.

En la valoración del comercio mediterráneo y concretamente del posible papel de fenicios y griegos en la introducción de la metalurgia, ofrece una doble lectura. Los fenicios que arribaban a nuestras costas serían compradores de hierro. Recoge la cita de Ezequiel en su lamentación por

la caída de Tiro: ... "Tarsis era cliente tuya por la abundancia de toda riqueza. Con plata, hierro, estaño y plomo abastecía tus mercados" (Ez. 27,12). Los griegos en cambio, serían vendedores de objetos de hierro entre otras mercancías: ... "He llegado en mi bajel, con mi gente, pues navego por el vinoso ponto hacia unos hombres que hablan otro lenguaje; voy a Témesa para traer bronce, llevándoles luciente hierro" (Homero, *Odisea*, canto I).

La hipótesis de que los fenicios importaban hierro de occidente, supone que éste se producía localmente. Restos de fundición de hierro se han localizado en Toscanos y Morro de mezquitilla, con una datación en torno al 800 a. de C. (SCHUBART, 1983), pero sobre todo, son del mayor interés los datos que tenemos actualmente a favor de una verdadera metalurgia del hierro en poblados indígenas del sureste, por lo menos desde la segunda mitad del siglo VIII (ROS, 1989). Esto vendría a confirmar la demanda de mineral de hierro por parte de los fenicios, y la reactivación de una actividad metalúrgica indígena, en una zona con una vieja tradición metalúrgica de bronce, desde los primeros tiempos de la instalación de las factorías fenicias del sur, en unas relaciones de intercambio bien constatadas a través de las importaciones cerámicas.

Aquí también se plantearía la posibilidad de que este hierro meridional alcanzara la Meseta norte, junto con otros objetos manufacturados, sobre todo piezas de bronce, que revelan relaciones de intercambio. Desde la primera mitad del siglo VI, en el Sureste (Fase IV de Librilla), parecen evidentes los contactos, más que con la Meseta, con poblados de la edad del Hierro del valle del Ebro o Bajo Aragón, en un segundo momento de plena actividad de metalurgia férrica (ROS, 1989). En todo caso, el Dr. Maluquer considera probable que el hierro llegue a la Meseta norte desde el valle del Ebro más que desde el valle del Guadalquivir, iniciándose muy poco después su producción local.

En cuanto al papel jugado por los griegos como vendedores de objetos manufacturados en hierro, no se limita al área meridional, sino también al Levante y Noreste. Si la antigüedad de este comercio es algo posterior al fenicio, en el área del noreste, no hay que descartar un comercio griego prefocense, rodio, o también etrusco, aunque desde el punto de vista arqueológico la documentación abundante se produce durante el siglo VI, en que jugará un papel importante en los comienzos del mundo ibérico, como se documenta particularmente en las necrópolis del Bajo Ebro (MALUQUER, 1984; 1984a; 1987). A juicio de Maluquer, "remontar al siglo VII la gran difusión de la metalurgia del hierro no parece fácil. Si el hierro llegó a la meseta desde el sur, necesariamente deberá estar ligada a la extensión del comercio orientalizante de mercancías de lujo hacia el Guadiana y Tajo, y hay que recordar que ese momento orientalizante corresponde a un momento muy avanzado del siglo VII, si es que no es del VI, pues prueba cronológica firme no la hay ya que toda la valoración actual se basa precisamente en consideraciones estilísticas poco fijas" (MALUQUER, 1984, pág. 18).

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, Martín. 1957. "Las fibulas de codo de tipo Huelva. Sus tipos y cronología". *Cuadernos de Trabajos de la Escuela de Historia y Arqueología de Roma*, IX.
1968, "A propósito de la fecha de las fibulas de Huelva", *Ampurias*, XIX-XX, págs. 198-207.
- ALMAGRO GORBEA, Martín. 1977. *El Bronce final y el período orientalizante en Extremadura*. B. Prae. H. vol. XIV, CSIC, Madrid, y FERNANDEZ-GALIANO, D. 1980, *Excavaciones en el Cerro Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid)*. "Arqueología", 2, Madrid.
- ATRIAN JORDAN, Purificación. 1961, "Cerámica céltica del poblado de San Cristóbal (Mazaleón, Teruel)". *Rev. Teruel* n.º 26, Teruel.
- AUBET SEMLER, M.ª Eugenia. 1975, *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*. P.I.P. II, Universidad de Barcelona.
- BLASCO BOSQUED, M.ª Concepción. 1987, "Un ejemplar de fibula de codo "ad ochio" en el valle del Manzanares". *Boletín de la Asoc. de Amigos de la Arq.* n.º 23, págs. 18-28.
- CABRE, E. y MORAN, J. A., 1977, "Fibulas en las más antiguas necrópolis de la Meseta oriental hispánica". *Revista de la Universidad Complutense*. vol. XXVI, n.º 109 "Homenaje a García Bellido" III, págs. 109-143, Madrid.
- COFFYN, André. 1985, *Le Bronze final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. París.
- DELIBES DE CASTRO, Germán. 1978, "Una inhumación triple de la facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)". *Trab. de Prehistoria*. XXXV, págs. 225-250.
1981, "Una interesante fibula del Bronce final Cerro del Berrueco (Salamanca)". *Revista Guimaraes*, XCV, págs. 172-184 y FERNÁNDEZ MANZANO, J. 1981, "El castro protohistórico de La Plaza en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I". *BSAA*, XLVIII, págs. 51-68.
- FERNÁNDEZ CASTRO, María Cruz. 1988, *Arqueología protohistórica de la Península Ibérica (siglos X a VIII a. C.)*. Madrid.
- FERNÁNDEZ POSE, M.ª Dolores. 1982 "Consideraciones sobre la técnica de Boquique". *Trabajos de Prehistoria*, n.º 39, Madrid, págs. 137-159.
1986, "La cultura de Cogotas I". En *Homenaje a Luis Siret (Cuevas del Almanzora 1984)*, Madrid, págs. 475-487.
- GONZÁLEZ PRATS, Alfredo. 1983, *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo en la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Universidad de Alicante.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F. J. 1984, "Transición a la segunda Edad del Hierro". Ponencia IV al Coloquio Internacional sobre *La Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Universidad de Salamanca.
- JUNYENT, Emilio. 1978, "L'Aportació continental del bronze final". *Història de Catalunya Salvat*, Vol. I, Barcelona, págs. 120-139.
- MALUQUER DE MOTES, Juan. 1946, "Las culturas hallstáticas en Cataluña", *Ampurias* VII-VIII (1945-46), Barcelona, págs. 111-184.
1953, "Frühe indoeuropäische Häuser im Ebrotal", *Germania* 31, fasc. 314, págs. 155-159.
1954, *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico I*, Pamplona.
1954a, *La Edad del Hierro en la cuenca del Ebro y en la Meseta central española*. IV Congreso Internacional de CPP, Madrid, 1954. Zaragoza.
1954b, *Los poblados de la Edad del Hierro en Cortes de Navarra*. Monografías del Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca. Idem *Zephyrus* V.
1954c, "Los pueblos ibéricos" y "Los pueblos celtas". En *Historia de España dirigida por Ramón Méndez Pidal*, Tomo I(1), Espasa Calpe, Madrid.
1955, "Contribución al estudio de la primitiva casa indoeuropea". *Actas del II Congr. N. Arq.* (Galicia, 1953), Zaragoza.
1955a, "Contribución al estudio del estrato superior de Cortes de Navarra". *Revista Príncipe de Viana* LX, Pamplona, pág. 117.
1956, "La cerámica pintada de Cortes de Navarra". *Crónica del IV Congreso Inter. de CPP* (Madrid, 1954), Zaragoza, págs. 835-839.
1956a, *Carta Arqueológica de Salamanca*, Salamanca.
1956b "La técnica de incrustación de Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro". *Zephyrus* VII-2, Salamanca, págs. 179-206.
1957 "La cerámica pintada hallstática del nivel inferior de Sanchorreja, Ávila", *Zephyrus* VIII, Salamanca, págs. 286-287.
1957a, "Un interesante lote de bronce hallado en el Castro de Sanchorreja, Ávila". *Zephyrus* VIII, Salamanca.
1958. *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico II*. Pamplona.
1958a, *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*, "Acta Salmanticensia", tomo XIV, 1, Salamanca.
1958b, *El Castro de los Castillejos en Sanchorreja*. Ávila-Salamanca.
1958c "La fecha final de la cerámica excisa en la Meseta española". *Volume de Homenagem ao Prof. Doutor Mendes Corrêa*,

- Porto, págs. 167-173.
- 1958d, "Descubrimiento de un poblado ilergeta en Vallfogona de Balaguer", *Zephyrus* IX, Salamanca.
- 1960, "Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta". *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica* (Pamplona, 1959), Pamplona, págs. 125-149.
- 1961, "Nuevas excavaciones en el poblado de Cortes de Navarra". *V. Inter. Kongress f. vor-u. Fühgeschichte*. (Hamburg, 1958). Berlín.
- 1963, "El desarrollo de la primera Edad del Hierro". *Problemas de la Prehistoria y de la Arqueología catalanas. II Symposium de Prehistoria Peninsular*. (Barcelona, 1962). Universidad de Barcelona, págs. 53-69.
- 1963a "Sobre el uso de morillos durante la Edad del Hierro en la cuenca del Ebro", *Rev. Príncipe de Viana*, n.º 90-91, Pamplona, págs. 29-39.
- 1965, "Nuevas orientaciones sobre la primera Edad del Hierro en Cataluña". Ponencia al *XXVI Congreso Luso-español para el progreso de las Ciencias* (Bilbao, 1964), Madrid, págs. 310-314).
- 1966, *El impacto colonial griego y el comienzo de la vida urbana en Cataluña*. Discurso leído en el Instituto de Estudios Ilerdenses, Barcelona CSIC.
- 1969, "El comercio fenicio en Cataluña", *V Symposium de Prehistoria Peninsular. Tartesos y sus problemas* (Jerez de la Frontera, 1968), Universidad de Barcelona.
- 1971, "Late Bronze and Early Iron in the valley of the Ebro", *The European Community in Later Prehistory*. Studies in honour of C.F.C. Hawkes, Londres, págs. 107-120.
- 1972, *Proceso histórico económico de la primitiva población peninsular*, Universidad de Barcelona.
- 1984, *La necrópolis paleoibérica de "Mas de Mussols", Tortosa (Tarragona)*. PIP VIII, Universidad de Barcelona.
- 1984a. "Problemática general de Hierro en occidente". Ponencia I al *Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta norte* (Salamanca, 1984), Universidad de Salamanca.
- 1985, "Cortes de Navarra: Exploraciones de 1983", *Trabajos de Arqueología Navarra*, 4 (año 1984), Pamplona, págs. 41-64.
- 1987, *Catalunya: Baix Ebre*, PIP, Universidad de Barcelona
- y L. VÁZQUEZ DE PARGA. 1957, "Avance al estudio de la necrópolis de la Atalaya en Cortes de Navarra". *Revista Príncipe de Viana* LXV.
- ANA M.ª MUÑOZ y F. BLASCO. 1960, *Carta estratigráfica en el poblado de la Pedrera en Vallfogona de Balaguer, Lérida*, Universidad de Barcelona. También en *Zephyrus* X (1959).
- MARTÍN VALLS, R., y DELIBES, G. 1972, "Nuevos yacimientos de la primera Edad del Hierro en la Meseta norte", *Bol. S.A.A.* XXXVIII, Univer. de Valladolid, págs. 5-54.
- 1973, "Recientes hallazgos cerámicos de la fase Cogotas I en la provincia de Salamanca", *BSAA* XXXIX, Univ. de Valladolid, págs. 395-402.
- 1975, "Problemas en torno a la primera Edad del hierro en el sector occidental de la Meseta norte". *XIII Congr. N. Arq.* (Huelva, 1973), Zaragoza, págs. 545-550.
- 1976, "Sobre la cerámica de la fase Cogotas I". *Bol. Sem. Arte y Arq.*, XLII, Valladolid, págs. 5-19.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M.ª Isabel. 1979, El yacimiento de la Esgaravita (Alcalá de Henares, Madrid) y la cuestión de los llamados fondos de cabaña del valle del Manzanares". *T.P.*, vol. 36, Madrid, págs. 83-118,
- y MÉNDEZ MADARIAGA, A. 1983, "Arenero Soto. Yacimiento de fondos de cabaña del Horizonte Cogotas I", *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*, vol. 2, Madrid, págs. 185-309.
- NAVARRO, Rosario. 1970, *Las fibulas en Cataluña. Universidad de Barcelona*.
- PALOL, Pedro de. 1958, *La necrópolis de Agullana*. B. Prae. H. vol. I CSIC, Madrid.
- 1973, "El Soto de Medinilla", *MM* 14, Madrid, págs. 127-132.
- 1974, "Alava y la Meseta superior durante el Bronce Final y primer Hierro". *Estudios de Arq. Alavesa*, 6, Vitoria, págs. 91-100.
- PONS I BRU, Enriqueta. 1984, *L'Empordà de l'Edat del Bronze a l'Edat del Ferro, 1100-600 a. C.*, CIAG, Gerona.
- ROS SALA, M.ª Milagrosa. 1989, *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro antiguo en el valle del Guadalentín*, Murcia.
- RUIZ-GÁLVEZ, Marisa. 1987, "Bronce atlántico y "cultura" del Bronce Atlántico en la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria* n.º 44, Madrid, págs. 251-264.
- RUIZ ZAPATERO, Gonzalo. 1985, *Los campos de urnas del NE de la Península Ibérica*. Tesis Doctoral 83/85. Universidad Complutense de Madrid, 2 vols.
- SANMARTÍ GREGO, E. 1978, *La cerámica campaniense de Emporion y Rhode*, 2 vols., Barcelona.
- SCHUBART, H. 1983, "Morro de Mezquitilla. Kampagne, 1982". *M.M.* n.º 24, págs. 104-131.
- VILASECA, S.; SOLE, J. M., y R. MAÑANA. 1963, *La necrópolis de Can Canys (Banyeres, Provincia de Tarragona)* "Trabajos de Prehistoria" VIII, Madrid.